

dividuos de la Comisión, sintieron profundamente la separación de este caballero, y manifestaron su sentimiento más de una vez en frases de condolencia á la vez que en elogios justamente prodigados á su celo y á la actividad y eficacia con que trabajó en bien de la Romería.

El tren continuaba rodando y la noche aproximándose para envolver en sus sombras á la naturaleza que iba á entregarse al descanso. Ocultáronse á la vista los objetos exteriores que venían ocupando nuestra atención. Los árboles y los campos, los montes y los celajes, todo fué desapareciendo á medida que los últimos destellos del crepúsculo se extinguían en el horizonte. Pronto un velo denso cubrió los cristales de las ventanillas y ya la vista no tuvo en qué ejercitarse fuera de los coches. La noche avanzó; el sueño se apoderó de los viajeros; los negros sirvientes de los carros Pullman se apresuraron á extender las camas; todo el mundo se puso á descansar.

Pocas horas habían trascurrido; sería la media noche cuando al detenerse el tren algunos minutos, los peregrinos oyeron entre sueños las melodías de nuestro hermoso Himno Nacional. Nos hallábamos delante de la población formada con los operarios de la gran fábrica de Hércules. Los habitantes con su música á la cabeza habían salido á recibir á los romeros á la estación. Estos, dormidos en su mayor parte, no pudieron apercibirse de aquella manifestación, que por tal motivo no fué correspondida debidamente.

Unos cuantos minutos después, el tren se detenía nuevamente y subieron algunas personas que de Querétaro se habían inscrito en el registro de la Peregrinación.

El crepúsculo de la mañana comenzaba á disipar las tinieblas de la noche cuando descubrimos la simpática ciudad de Irapuato. No debíamos detenernos allí según el itinerario, y pasados diez minutos caminábamos para Silao.

A las 6 de la mañana del Domingo 8 de Abril, se paraba el tren delante de una estación, en la cual nos esperaba un considerable número de personas con un sacerdote á la cabeza. Eran los católicos de Silao, presididos por su respetable

párroco, que desde las tres de la madrugada se hallaban esperando á la Peregrinación para saludarla. Descendimos de los coches: el señor Obispo fué recibido con aclamaciones por el pueblo y colmado de atenciones por el párroco: los peregrinos se confundieron entre los habitantes de Silao, y guiados todos por el mismo señor cura, nos dirigimos á la iglesia más inmediata para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Poco tiempo trascurrió después de la llegada y el señor Obispo se presentó en el altar mayor revestido de los ornamentos sacerdotales. La orquesta preludió una obertura y el oficio principió. Todos escucharon de rodillas las oraciones del ritual y presenciaron con edificante compostura y recogimiento las augustas ceremonias. Al llegar el momento de la Comunión, más de treinta sacerdotes y no menor número de seglares se acercaron á recibir el Pan Eucarístico. Terminada la Misa el señor Obispo dirigió la palabra á la concurrencia en una inspirada alocución que fué oída con religioso silencio. *Paz vobis, La Paz sea con vosotros*, fueron la primera y la última frase de aquel discurso en el cual el digno Prelado exhortó á los peregrinos á la paciencia y á la resignación para sufrir las contradicciones ó las incomodidades del largo camino que acababan de emprender.

Terminado el acto religioso, los romeros se pusieron en marcha nuevamente á la estación, y después de haberse despedido afectuosamente de sus hermanos los de Silao, subieron en los coches que se pusieron luego en movimiento.

A las ocho y media A. M. se descubrió la importante ciudad de León, residencia del Obispo de la Diócesis que lleva ese nombre. Una gran concurrencia esperaba en la estación la llegada de la Romería. El tren se paró algunos instantes, dando el tiempo necesario para que subiesen algunas personas y para que las Comisiones que habían acudido se presentasen á ofrecer sus respetos al señor Obispo. Luego que fueron instalados los nuevos peregrinos, el tren se puso en movimiento. Afectuosas despedidas se cruzaron entre los habitantes de la ciudad y los romeros, el tren se alejó rápidamente. En este punto se presentó á la Comisión el oficial de un grupo

de rurales, poniéndose á las órdenes de la Peregrinación para escoltarla hasta Paso del Norte. El Gobierno Federal, por conducto de la Secretaría de Gobernación, había dictado sus disposiciones para que los peregrinos fuesen custodiados en el camino por la fuerza pública.

Dos horas después, la excursión llegaba á la ciudad de Lagos, en donde no debía parar según el itinerario; pero se detuvo cinco minutos. Como en las anteriores ciudades, un gentío numeroso esperaba en la estación; luego que el tren se paró, una señora, llamada Inés Hernández, subió á uno de los coches, preguntó quién dirigía la Peregrinación; fué presentada á uno de los comisionados y le dijo con acento turbado y entonación conmovida:

—Yo no traigo boleto, ni equipaje, ni dinero; al ver llegar á la Peregrinación me ha nacido el deseo ardiente de tomar parte en ella. Quiero hablar con el señor Obispo.

El comisionado llevó á la señora delante del Prelado, y ella, echándose á sus pies, le dijo:

—Soy de la familia del señor cura***. He determinado irme con ustedes, y me voy, si V. S. I. me hace favor de suplirme el importe del boleto.

El señor Obispo atendió bondadosamente á la solicitud de la señora, ofreciendo pagarle el pasaje; con lo cual quedó admitida en la Romería y se instaló inmediatamente en el coche respectivo. No se sabe qué medios emplearon el señor Obispo y la señora; el hecho fué que al pasar por Zacatecas, una persona subía buscándola y puso en sus manos un saco lleno de dinero y una letra pagadera en Europa por cantidad no despreciable de libras esterlinas.

A las 12½ P. M. el tren pasaba sin detenerse frente á la estación de la Villa de la Encarnación, vulgarmente llamada "La Villita." Un inmenso concurso se había reunido allí para saludarnos, y fuénos desagradable el no haber podido corresponder á la atención del estimable vecindario de la villita. Personas de todas las clases sociales, á pie, á caballo, en coches, en tranvías, se agrupaban en derredor de la estación, formando un cuadro interesantísimo. El Illmo. Sr.

Obispo, sacando la cabeza por la ventanilla y extendiendo su brazo, dirigió sus bendiciones y sus afectuosos saludos á sus queridos paisanos. El Sr. Portillo es originario de la Encarnación. Todos los peregrinos asomados también á las ventanas de los coches agitaban sus sombreros y vitoreaban á los dignos moradores que habían preparádoles tan entusiasta recibimiento.

A la una y media P. M. la ciudad de Aguascalientes se había dado cita en la estación para saludar á los peregrinos. El tren hizo alto y permaneció cerca de una hora, durante cuyo tiempo se almorzó en la buena fonda del paradero. Aquí se nos incorporaron tres peregrinos. Lo mejor y más escogido de la sociedad de Aguascalientes se hallaba reunido, y nos hizo objeto de las más exquisitas atenciones.

Serían las cinco y media de la tarde cuando principiamos á descubrir las montañas de la Bufa y del Grillo que circundan á Zacatecas, la rica ciudad de las minas de plata. Pronto se ofreció á nuestra vista la pintoresca villa de Guadalupe, célebre por su santuario y por el colegio apostólico que allí estuvo erijido en tiempos anteriores. El aspecto de la villa es de lo más ameno y agradable. Los edificios agrupados en cierto desorden á la falda de una colina de corta elevación, pintados en su exterior de vivos colores, le dan cierto aire risueño y revisten el paisaje de tal encanto, que el viajero no puede menos de sentir vehemente deseo de visitar la población. Los peregrinos no podían satisfacer este deseo, pues tenían que seguir á Zacatecas según su itinerario, y aun en esta ciudad no habían de detenerse sino unos minutos. Los vecinos de Guadalupe se hallaban en considerable número agrupados en el punto por donde pasamos cerca de la Villa. Contentámonos con saludarlos desde las ventanillas. El ruido de los coches apenas nos permitió oír sus entusiastas aclamaciones, que correspondimos con nuestros vivas y palmoteos.

Momentos después contemplábamos el bellissimo panorama de la simpática Zacatecas. Acaso no hay ciudad en la República que ofrezca á vista de pájaro aspecto más delicio-

so. Situada en una gran hondonada, construida en un sitio accidentado é irregular, sus hermosos edificios se ven desde los cimientos hasta las azoteas, y la irregularidad de las calles y la variedad de las construcciones, y su elegancia en las fachadas, forman un conjunto que no puede menos de admirar extasiado el viajero que va caminando en los trenes del Ferrocarril. Las curvas que éste desarrolla para descender al plano inferior de la ciudad, permiten contemplar aquel hermoso panorama por distintas faces y dominar con la vista la mayor parte del caserío en varias direcciones. Las calles nombradas "De arriba" y "De abajo;" la hermosa avenida de la Merced, los elegantes portales del famoso mercado, el bellissimo paseo de la Alameda, la Catedral, la plaza de Villarreal, la calle de Tacuba, en donde se hallan los edificios más elegantes; todo se ve y se admira desde las ventanillas de los trenes. Los grupos de casas y grandes galerías techadas en forma piramidal, que se hallan en los alrededores y pertenecen á las haciendas de beneficio, contrastan admirablemente con las construcciones urbanas, y dan al conjunto hermosos matices.

Detuvimos en la estación. Los habitantes en gran muchedumbre hallábanse esperándonos. En todos los semblantes se leía el contento y la satisfacción. Algunas personas subieron á saludarnos y dos peregrinos de la ciudad se incorporaron en la Romería, siendo el objeto de nuestras atenciones. Corto rato permanecemos allí, muy á nuestro pesar. Eran las seis y media de la tarde. Al despedirnos hemos visto derramar muchas lágrimas, y ¡cosa extraordinaria! algunas personas movidas por un delicado sentimiento de piedad se han arrodillado y al acabar de pasar el tren las hemos visto inclinarse á la tierra para besar los rieles que acababa de oprimir con su peso el tren de la Peregrinación... Cuando el grupo de peregrinos que venía en la plataforma del último coche y había presenciado esta edificante manifestación nos la dió á conocer, nos sentimos profundamente conmovidos y el llanto quiso asomar á nuestras mejillas. Hubiéramos deseado bajar á tierra y besar las plantas de esos buenos

hermanos nuestros, muy más dignos que nosotros de formar en la piadosa Romería. Si las oraciones de estos fervorosos cristianos van unísonas con sus delicados sentimientos, pensábamos, sus preces al Cielo en nuestro favor deben garantizarnos de todo contratiempo en nuestro largo viaje.

La noche no permitió que recorriésemos con la vista los lugares que atravesamos desde la salida de Zacatecas hasta la llegada á Villa Lerdo el día siguiente, Lunes 9 de Abril. A las nueve de la mañana llegamos á esta población, que se ha formado recientemente y cuenta un censo de cerca de 10,000 habitantes. En la estación subieron cuatro personas á unirse con la Romería. Después de una permanencia de corta duración, proseguimos nuestra marcha sin tocar ningún punto de importancia hasta las 2.40 P. M. en que el tren se paró en Huejuquillos, pueblo también de formación reciente, que pertenece al partido de Jiménez en el Estado de Chihuahua. En esta población pidieron permiso varias personas para subir al coche en que venía el Sr. Obispo, y llegaron á ofrecerle sus respetos y atenciones.

Hasta este punto inclusive, en todo el camino que recorre el tren desde Zacatecas, no tiene que admirar el viajero bellezas naturales que recreen su vista. Desiertos inmensos, áridos y despoblados, llanuras dilatadas en las cuales ni una casa, ni un árbol, ni un hombre, ni una bestia, ni una ave dan testimonio de que aquellos eriales pertenecen á un país habitado. Se creería uno recorriendo los grandes y solitarios desiertos del Asia ó del África. Por fortuna el ferrocarril, estrechando las distancias, hace insensible el tránsito por esas regiones, evitando las molestias y peligros á que estaban expuestos los que por necesidad se aventuraban en otro tiempo á recorrer esas comarcas.

De improviso nos encontramos con un cambio notable en la decoración. Santa Rosalía se presentó á nuestra vista, población de algo más de 5,000 habitantes, situada en una hermosísima planicie, decorada con verdes praderas, cubierta de rica vegetación, poblada de extensos bosques, atravesada por arroyos de cristalinas aguas. Los vecinos acudieron á

recibirnos, llevando á la cabeza una música. Rodearon el tren agrupándose principalmente cerca del coche en que venía el señor Obispo. S. S. I. salió á la plataforma y allí dirigió la palabra á los concurrentes, quienes le escucharon con interés, solicitando su bendición al despedirse.

Al llegar á esta misma estación presenciábamos un acontecimiento desagradable. Principiaban á incendiarse unas paeas de algodón que en gran cantidad se hallaban colocadas á orillas del camino. Un grupo de peregrinos, entre los cuales mencionaremos á los jóvenes hermanos Anzorena, á D. Manuel Balverde y á D. Vicente Cervón, corrieron precipitadamente al lugar del siniestro para dar auxilio. Por supuesto que nuestro amigo Aguilar y Ortiz, como siempre, fué el primero en acudir á prestar sus servicios, y á pocos momentos estaba constituido en director de la maniobra. —¡Agua! ¡Agua! gritaban en coro los circunstantes.—¡Tierra! gritaba uno de los peregrinos en tono de mando y mostraba los lugares donde era más fácil tomar el incombustible. Su voz fué obedecida y pronto una espesa nube de polvo, confundida con el humo de las paeas, oscurecían la atmósfera en un radio de consideración. Aguilar seguía dictando sus acertadas disposiciones que ayudaba él mismo á ejecutar, y no pasaron diez minutos sin que el fuego quedara totalmente extinguido. Nuestros compañeros regresaron á los coches, muy satisfechos de haber podido prestar un servicio tan importante á las víctimas del siniestro.

Avanzando un poco más, el caudaloso río Conchos que baña la tierra en esta hermosa región dándole vida y frescura, se interpuso en nuestro camino. Un magnífico puente de hierro de muy considerable extensión y de atrevida estructura nos abrió el paso sobre las aguas, permitiéndonos llegar sin dificultad y sin temor á la margen opuesta. Este puente y el de la Encarnación, cerca de la villa de este nombre, son las dos grandes obras de arte que ha ejecutado la Empresa del Ferrocarril Central, y son en verdad dignas de admirarse. Su construcción es de un sistema de tirantes y de trabes que hace innecesarios los pilares en una extensión muy conside-

rable; produciendo el efecto de un gran tejido de alambre restirado, por donde parece inverosímil el paso de esos pesadísimos trenes que atraviesan por ellos.

Continuando por esa comarca deliciosa, toda la tarde hemos caminado entre bosques de frescos árboles, recreándonos en contemplar hermosísimas vistas, en algunos puntos comparables á las del Valle de México. Cerró la noche, y á eso de las ocho, llegamos á la estación de Ortiz, cerca del pueblo de San Pablo. Los habitantes salieron á recibirnos saludándonos con entusiastas vivas. El párroco, acompañado de algunas personas, subió al coche del Illmo. Sr. Portillo para presentarle sus respetos. Una religiosa exclaustrada se presentó al Prelado poniendo en sus manos la suma de \$ 50, que le suplicó ofreciese al Santo Padre. El corto tiempo que permanecimos en esta estación, fué empleado en recibir las felicitaciones de aquellos entusiastas vecinos, quienes al partir nos vitorearon estrepitosamente, á cuya manifestación correspondimos nosotros de la misma manera.

Otra no menos agradable sorpresa nos aguardaba en la estación inmediata, á la cual llegamos á eso de las diez de la noche. Chihuahua había salido en masa á nuestro encuentro. Más de diez mil personas habían permanecido reunidas en el paradero, esperando nuestro arribo desde las tres de la tarde. Viendo que avanzaba la noche y la Peregrinación no llegaba, algunos se retiraron; pero muchísimos permanecieron allí, y no bien descubrieron el tren se acercaron á la vía en apretadas hileras y al ir pasando los coches nos arrojaban por las ventanillas ramilletes de flores. Luego que el tren se detuvo, una numerosa comisión penetró en el coche del Sr. Obispo. Un caballero de fácil palabra hizo uso de ella para manifestar á la Peregrinación el regocijo con que la recibían los habitantes de Chihuahua; expresó sus votos por el feliz viaje de los romeros y el deseo de vernos regresar sanos y salvos á la Patria. El Sr. Obispo contestó con un discurso de circunstancias, y en seguida salió á la plataforma para saludar á la muchedumbre que esperaba con ansiedad. Allí fué donde el entusiasmo de la gente no reconoció límites; los chihuahuenses y nosotros gritamos has-

ta enronquecernos; confundidos en fraternales abrazos, nos decíamos afectuosas frases de salutación y despedida; ellos nos hacían sus piadosas encomiendas y nosotros ofrecíamos desempeñarlas; ellos nos exigían la promesa de visitarlos detenidamente á nuestro regreso y nosotros se las hacíamos de buena voluntad y con sincera intención de cumplirla. Al fin sonó la campana de la locomotora y tuvimos que separarnos de nuestros queridos hermanos los católicos chihuahuenses, de quienes conservaremos siempre gratísimos recuerdos. Dos señoras de Chihuahua tomaron asiento en el tren en calidad de peregrinos.

Desde Chihuahua para adelante se camina nuevamente por inmensos desiertos y atravesándolos corrimos toda la noche, y en las primeras horas de la mañana por llanuras cubiertas de arena, que llaman "Los Médanos."

No es de pasar en silencio una circunstancia que comenzó á evidenciar la protección providencial que amparaba á la Romería. Al ir atravesando poco después de amanecer esos inmensos arenales, se detuvo repentinamente el tren. Asomáronse todos á las ventanillas y observaron que la vía estaba obstruida con algún objeto. Bajamos de los coches y avanzando en la dirección en que se veía el obstáculo, vimos á poco andar que dos plataformas hechas pedazos interceptaban el camino. Dos trenes, uno de balastre y el otro de carga, habían chocado fuertemente y se habían detenido allí; hallábanse los conductores y empleados reparando las averías sufridas y tratando de apartar de la vía los carros despedazados. El desastre había ocurrido en la noche pocas horas antes. Si nosotros hubiésemos llegado á ese punto, como pudo haber sucedido, con alguna anticipación, probablemente nuestro tren ó se estrella contra los que allí ocupaban los rieles ó somos víctimas del choque en el cual tan mal trecho quedó el de carga que nos precedía. Largas dos horas permanecemos en aquel sitio mientras expeditaron el paso por la vía.

El 10 de Abril á las 11 A. M. nos encontrábamos en "Paso del Norte." Una ciudad medio mexicana y medio americana, se presentó á nuestra vista. La población ribereña, última de

la República en la frontera del Norte, nos acogió como á compatriotas, nos saludó como á hermanos. Descendimos de los coches para ir á almorzar mientras los señores de la Comisión tenían que entenderse con la Aduana para el registro y traslación de nuestros equipajes y de los bultos en que iban los regalos al Santo Padre. El Agente de la Empresa del Central, Mr. Good-Side en el Paso y el estimable Slowgh, representante de la misma Empresa en la Romería, se pusieron á las órdenes de la Comisión y gracias á sus buenos oficios y á la amabilidad y deferencia del Administrador Sr. Loaeza y del comandante Sr. Dávila, el registro fiscal ni causó molestias ni produjo detenciones. Lo que originó alguna demora fué la formación de la factura consular de los bultos, para que con ella, y bajo la garantía del sello del cónsul americano, camináramos sin tropiezo alguno por el territorio de los Estados- Unidos.

El Paso es una población de más de 7,000 habitantes. Su área se extiende bastante, porque sus casas en su mayor parte son de un solo piso y se hallan separadas unas de otras á no pequeñas distancias. Las habitaciones en gran parte son de madera, algunas de adobe, inclusive la iglesia parroquial, y ninguna, á lo que parece, de mampostería. Muchos americanos residen allí, y entre los mexicanos se reflejan de una manera muy marcada las costumbres de los que viven del otro lado del río.

Como á las dos de la tarde el tren se puso en movimiento para atravesar el Bravo y detenernos en la opuesta margen. Pocos minutos después rodaban los coches sobre un largo puente de fierro y madera que une las riberas mexicana y americana. Antes de comenzar á cruzar el río, alguna persona propuso que nos despidiésemos de la Patria entonando el Himno Nacional, y así se ejecutó cantando en voz unísona la hermosa canción patriótica al ir atravesando la línea que divide nuestro territorio del de la República vecina. No habíamos terminado nuestro canto, y estábamos ya en tierra extranjera. ¡Adiós, querida México! gritó una voz. ¡Adiós, patria mía! exclamaron otras muchas. ¡Viva México! gritaron todos los peregrinos en el interior de los coches.